

á decir, que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldan, ó Rotolando, ó Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias), soy de parecer, y me afirmo, que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado.— Si no fué Roldan mas gentil hombre que vuesa merced ha dicho, replicó el cura, no fué maravilla que la señora Angélica la Bella le desdeñase y dejase por la gala, brio y donaire que debia tener el morillo barbiponiente á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan.— Esa Angélica, respondió Don Quijote, señor cura, fué una doncella distraida, andariega, y algo antojadiza; y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias, como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y, como del Catay recibió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor plectro.

Y sin duda que esto fué como profecía, que los poetas tambien se llaman *vates*, que quiere decir *adivinos*. Véese esta verdad clara, porque, despues acá, un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura.—

Dígame, señor Don Quijote, dijo á esta sazón el barbero: ¿no ha habido algun poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado?— Bien creo yo, respondió Don Quijote, que si Sacripante ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella; porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas, fingidas ó no fingidas, en efeto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos; venganza, por cierto, indigna de pechos generosos; pero, hasta ahora, no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica, que trujo revuelto el mundo.— ¡Milagro! dijo el cura; y, en esto, oyeron que el ama y la sobrina, que ya habian dejado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

CAPÍTULO II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de Don Quijote, con otros sucesos graciosos.

Cuenta la historia, que las voces que oyeron Don Quijote, el cura y el barbero, eran de la sobrina y ama, que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á Don Quijote, y ellas le defendian la puerta: "¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? idos á la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales." Á lo que Sancho respondió: "¡Ama de Satanás! el sonsacado, y el distraido, y el llevado por esos andurriales, soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio; él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una ínsula que hasta ahora la espero.— ¡Malas ínsulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito! y ¿qué son ínsulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilon que tú eres?— No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldes de córte.— Con todo eso, dijo el ama, no entrareis acá, ¡saco de maldades y costal de malicias! id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos." Grande gusto recibian el cura y el barbero de oír el coloquio de los tres; pero Don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algun monton de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le llamó, y hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de Don Quijote, de cuya salud desesperaron viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán

embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías; y así, dijo el cura al barbero: "Vos vereis, compadre, cómo, cuando menos lo pensemos, nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera.—No pongo yo duda en eso, respondió el barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero, como de la simplicidad del escudero, que tan creído tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse.—¡Dios los remedie! dijo el cura, y estemos á la mira, veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron á los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor, sin las necedades del criado, no valian un ardite.—Así es, dijo el barbero, y holgara mucho saber qué tratarán ahora los dos.—Yo seguro, respondió el cura, que la sobrina ó el ama nos lo cuenta despues, que no son de condicion que dejarán de escucharlo." En tanto, Don Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y, estando solos, le dijo: "Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho, y digas, que yo fui el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuimos, y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos: si á tí te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.—Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho; porque, segun vuesa merced dice, mas anejas son á los caballeros andantes las desgracias, que á sus escuderos.—Engañaste, Sancho, dijo Don Quijote, segun aquello: *quando caput dolet, &c.*—No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho.—Quiero decir, dijo Don Quijote, que, cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y, por esta razon, el mal que á mí me toca ó tocara, á tí te ha de doler, y á mí el tuyo.—Así habia de ser, dijo Sancho; pero, cuando á mí me manteaban como á miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas, mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno; y, pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, habia de estar obligada ella á dolerse dellos.—¿Querrás tú decir ahora, Sancho, respondió Don Quijote, que no me dolia yo cuando á tí te manteaban? y, si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entonces en mi espíritu que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto, y dime, Sancho amigo: ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿en qué opinion me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía? ¿qué de mis hazañas? ¿y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oidos: y esto me has de decir, sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores, en su sér y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ó otro vano respeto la disminuya: y quiero

que sepas, Sancho, que, si á los oidos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo que, de las que ahora se usan, es la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que, discreta y bien intencionadamente, pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado.—Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron á mi noticia.—En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quijote: bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.—Pues lo primero que digo, dijo, es, que el vulgo tiene á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que, no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *Don*, y se ha arremetido á caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante. Dicen los caballeros, que no querrian que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde.—Eso, dijo Don Quijote, no tiene qué ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamás remendado: roto, bien podria ser, y el roto mas de las armas que del tiempo.—En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos dicen: *loco, pero gracioso*; otros, *valiente, pero desgraciado*; otros, *cortés, pero impertinente*; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni á mí nos dejan hueso sano.—Mira, Sancho, dijo Don Quijote: donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida: pocos, ó ninguno de los famosos varones que pasaron, dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fué notado de ambicioso y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de *Magno*, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle. De Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura que fué mas que demasadamente rijoso, y, de su hermano, que fué lloron. Así que, ¡oh Sancho! entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mias, como no sean mas de las que has dicho.—Ahí está el toque, ¡cuerpo de mi padre! replicó Sancho.—Pues ¿hay mas? preguntó Don Quijote.—Aun la cola falta por desollar, dijo Sancho: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas, si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quién se las diga todas, sin que les falte una meaja; que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y, yéndole yo á dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la historia de vuesa merced, con nombre DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE

LA MANCHA, y dice que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de *Sancho Panza*, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió.—Yo te aseguro, Sancho, dijo Don Quijote, que debe de ser algun sábio encantador el autor de nuestra historia; que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.—¡Y cómo, dijo Sancho, si era sábio y encantador! pues, segun dice el bachiller Sanson Carrasco (que así se llama el que dicho tengo), que el autor de la historia se llama *Cide Hamete Berengena*.—Ese nombre es de moro, respondió Don Quijote.—Así será, respondió Sancho; porque, por la mayor parte, he oido decir que los moros son amigos de berengenas.—Tú debes, Sancho, dijo Don Quijote, errarte en el sobrenombre de ese *Cide*, que en arábigo quiere decir *señor*.—Bien podria ser, replicó Sancho; mas, si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas.—Harásme mucho placer, amigo, dijo Don Quijote; que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo.—Pues yo voy por él,” respondió Sancho; y, dejando á su señor, se fué á buscar al bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

CAPÍTULO III.

Del ridiculo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sanson Carrasco.

PENSATIVO además quedó Don Quijote, esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo, puestas en libro, como habia dicho Sancho; y no se podia persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso, imaginó que algun sábio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las mas señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las mas viles que de algun vil escudero se hubiesen escrito; puesto, decia entre sí, que nunca hazañas de escuderos se escribieron; y, cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algun tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era moro, segun aquel nombre de *Cide*, y de los moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temiase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso: deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo á raya los impetus de los naturales movimientos; y así, envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien